

MARIE RUTKOSKI

LAS CRÓNICAS DE KRONOS: LIBRO I
**EL GABINETE
DE CURIOSIDADES**

Traducción del inglés

José Pazó Espinosa

Ilustraciones

Cris de Cos-Estrada

 **NOCTURNA**
EDICIONES

Madrid, 2011

Título original inglés: *The Cabinet of Wonders*

© de la obra: Marie Rutkoski, 2008

Publicado en 2010 por primera vez en Estados Unidos
por Square Fish, un sello de Macmillan

© de la traducción: José Pazó Espinosa, 2011

© de las ilustraciones: Cris de Cos-Estrada, 2011

© del diseño: Juan Antonio Fernández de Castro

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.es
www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: mayo de 2011

Primeras correcciones: Fátima Aranzabal

Segundas correcciones: Juana Salabert

Terceras correcciones: Eva Méndez Herranz

Composición: FMG

Impreso en España / *Printed in Spain*

Ino Reproducciones, S.A.

ISBN: 978-84-938013-6-6

Depósito Legal: Z-1513-2011

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

*Este libro está dedicado a mis padres, Robert y Marilyn Rutkoski,
y a mi marido, Thomas Philippon.*

Prólogo

Las colinas amarillas subían y bajaban formando crestas y valles. Aquella mañana, la campiña bohemia parecía un inmenso mar dorado de grandes olas.

Un carro desvencijado avanzaba por el valle. Sentados en el estrecho pescante, dos hombres observaban el musculoso caballo que tiraba de ellos. En la parte trasera, un bulto cubierto por una lona ocupaba todo el espacio.

Uno de ellos, Jarek, llevaba las riendas. Tosió.

—Deberían pagarme el doble por esto —dijo—. ¡Qué peste!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Martin, el compañero de Jarek. Se dio la vuelta y miró el bulto.

Jarek lo observó.

—No me refiero a eso. Son esas malditas flores, esas coles. Hue-
len peor que una letrina con quinientos años de antigüedad.

—¡Vaya! —respondió Martin—. A mí me gusta cómo huelen.

Las colinas estaban amarillas por las flores arracimadas, lustrosas.

Jarek continuó:

—No me cambiaría por uno de vosotros, todo el día trabajando en esos campos de flores apestosos. Al volver a Praga, la ropa me olería a podrido.

Demasiado perezoso para sentirse ofendido, Martin se reclinó en el asiento de cuero cuarteado.

—A mucha gente le gusta el olor de las coles. Es una de esas cosas que o te gustan o te disgustan. Como comer espárragos.

—Dices eso porque naciste rodeado de ese olor. No me extraña que estés acostumbrado.

—Recuerda que Bohemia necesita esas flores —Martin le apuntó con el dedo, haciendo como que no había oído ese último comentario—. Apuesto a que este año la cosecha será buena. Pronto los granjeros estarán fuera, cosechándolas y convirtiéndolas en aceite. Puedes balar como una cabra y quejarte del olor, pero esas flores se usan para muchas cosas.

El caballo giró y una de las ruedas del carro se metió en un bache profundo; como consecuencia, el vehículo saltó. El bulto oscuro emitió un quejido. Martin alargó el cuello para gritarle:

—¡Basta! Basta ya de ruidos. Vas a estarte calladito —hizo un ruido de impaciencia con la garganta. Se quitó el sombrero y se abanicó el sudor que le caía por la cara—. Hace mucho calor —comentó, y resopló.

—Y que lo digas —musitó Jarek, con la mirada puesta en el camino.

—Pero nos pagan bien por este viaje.

—Humm —Jarek sacudió las riendas—. Ya casi hemos llegado. No nos queda más de media hora.

—¿Has estado aquí antes? Creía que no habías salido de Praga. ¿Cuándo viniste por aquí?

—No he estado aquí antes, es la primera vez. Pero el caballo, sí. Martin le miró atónito.

—¿Y ha sido él quien te ha dicho lo que faltaba?

Jarek se rió por primera vez en todo el viaje.

—No, por supuesto que no. Era una broma.

Pero parecía una broma extraña.

—¿Sabes lo que hizo? —dijo Jarek, apuntando hacia atrás con la barbilla. Ahora se oía una respiración fuerte y entrecortada procedente del bulto.

Martin miraba a Jarek todavía con desconfianza.

—No, no pregunté nada, eso es lo que hice.

Jarek asintió.

—Mejor así.

—La orden vino del mismo príncipe.

Eso era nuevo para Jarek. Al oírlo, reparó en que había estado de mal humor las últimas horas. Darse cuenta de eso ahora era como notar un calambre en una pierna después de haber estado sentado en la misma posición durante mucho tiempo. De hecho, sintió un calambre en la espalda.

—No me dijiste que las órdenes venían directamente del príncipe —murmuró.

—No me preguntaste.

Era cierto. Jarek no preguntó nada cuando Martin, que se encargaba de cuidar de los caballos del príncipe, le propuso que llevaran algo a la aldea de Okno, pagándole una cantidad, por supuesto. Y tampoco preguntó nada cuando dos sirvientes del castillo, que traían a un hombre semiinconsciente con la cara cubierta por una venda ensangrentada, se reunieron con Martin y él en los establos.

—Hemos llegado —anunció Martin, señalando con la mano un grupo de casas. Empezaron a distinguirse las viviendas y los comercios, y el camino de tierra se convirtió en la calle empedrada que atravesaba Okno.

El pueblo parecía próspero. Había bastantes casas de piedra, y las de madera estaban muy bien cuidadas, con los marcos de las ventanas pintados de colores. Algunas tenían las ventanas de cristal auténtico¹. Los rótulos de las tiendas anunciaban el género con dibujos: artículos de cuero para los caballos, libros, muebles, cristales y vidrieras, ropa. Las mujeres caminaban con faldas largas y limpias. Incluso un perro abandonado que cruzó la calle parecía bastante bien

¹ Las ventanas de cristal no se asentaron de verdad en Europa hasta el siglo XVIII. Hasta entonces, los que las usaban solían ser nobles o gozar de una buena situación económica, mientras que la plebe utilizaba pieles de animales o, como era frecuente en Asia, papel. (N. del E.)

alimentado para carecer de dueño. La calle dio paso a una plazoleta cuadrada presidida por una fuente de piedra muy bonita, en la que el agua caía en tres niveles.

Martin sacó un trozo de pergamino del bolsillo de su chaleco y lo estudió.

—Gira aquí a la izquierda.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Soy yo el que tiene el mapa, y te digo que gires a la izquierda.

—No me refiero a eso, sino a esto —y volteó la cabeza hacia atrás—. No tiene ningún sentido. ¿Qué habrá hecho para merecer este castigo? ¿Por qué lo mandan a casa en vez de meterlo detrás de unas buenas rejas?

—Ni idea —dijo Martin mientras manoteaba intentando espantar una mosca—. A lo mejor mató a alguien.

—En ese caso, estaría en la cárcel. O lo habrían ejecutado.

—A lo mejor se cargó al perro favorito del príncipe.

—En ese otro caso, también estaría en la cárcel. O lo habrían ejecutado.

Martín se rió.

—Lo que quiero decir —siguió Jarek— es que, si quieres librarte de una ortiga, no le cortas unos brotes y te olvidas —la calle por la que habían girado tenía menos casas. Ráfagas de viento soplaban entre los edificios y jugaban con el pelo sudoroso de los dos hombres—. La ortiga crecerá y querrá venganza.

—¿Él? —Martin se rió de nuevo—. Me alegro de haberte escogido para que condujeras. Eres gracioso. Ortiga o no, este tipo no está para muchos trotes. Espera.

Martin echó otro vistazo al mapa y a una casa alta de piedra separada de las otras. En la planta baja había una tienda cuyos escaparates estaban repletos de extraños objetos metálicos, relojes y juguetes de hojalata que se movían y saltaban de un lado a otro como saltamontes. Jarek no alcanzó a leer las palabras pintadas sobre la puerta, pero distinguió un rótulo que colgaba de una esquina de la casa y mostraba una brújula con muchas puntas.

—Aquí es —anunció Martin—. Hemos llegado.

Jarek tiró de las riendas. Descansó las manos sobre las piernas, sin soltar las riendas todavía.

—Puede que tenga hijos. Y estarán enfadados.

Martin le dio una palmada a Jarek en el hombro.

—No tengas miedo, amigo —le dijo, y señaló hacia la puerta que se acababa de abrir.

Una niña lo miraba desde allí; era alta para su edad, probablemente tendría unos doce años. Semioculta por una maraña de pelo castaño, su cara reflejaba desconfianza. Vestía un camisón y se mantenía desafiante, como queriendo decir que sabía que aquello no era normal, pero que no le importaba. Los miró fijamente. Tenía los ojos entornados, pero tal vez, pensó Jarek, aquello se debiera al sol y no al odio hacia ellos.

Martin se inclinó y susurró al oído de Jarek:

—No te preocupes. Como te he dicho, sólo la tiene a ella.

A Jarek le pareció que le dolía más la espalda.

La yegua resopló. Y luego habló en silencio dentro de su cabeza, como no hablaba con ningún otro ser humano excepto con Jarek, porque sabía que él poseía el don de entenderla:

Si fueras un caballo —le dijo—, estarías acostumbrado a estas cargas tan incómodas.



1

La Casa de la Brújula

Un tic-tic-tic metálico había despertado aquella mañana a Petra Kronos. No se trataba, como quizás imagines, de un reloj. No tenía campanas ni tampoco dos agujas. Pero sí ocho patas y una especie de cara minúscula con dos puntos en vez de ojos, dos motitas de un verde vivo. Astrophil, la araña de hojalata de Petra, correteó hasta la mesilla de noche que había junto a la cama y la llamó:

—¡Despierta! ¡Despierta, perezosa! ¡Murciélago cavernoso! ¡Ardilla de la estepa! —su cuerpo brillante vibraba al gritar.

Petra se frotó los ojos y se limpió las legañas.

—Que hayas estado toda la noche en vela leyendo un libro sobre animales que hibernan no te autoriza a presumir de esa forma de tus conocimientos.

Astrophil cruzó las dos patas delanteras tal como lo habría hecho un profesor de carne y hueso.

—De hecho, los perezosos no hibernan. Se limitan a ser muy, pero que muy perezosos.



—Humm... —aunque el sol de la mañana había calentado ya la habitación, Petra se acurrucó bajo la fina sábana de lino—. Apuesto a que tampoco son muy listos.

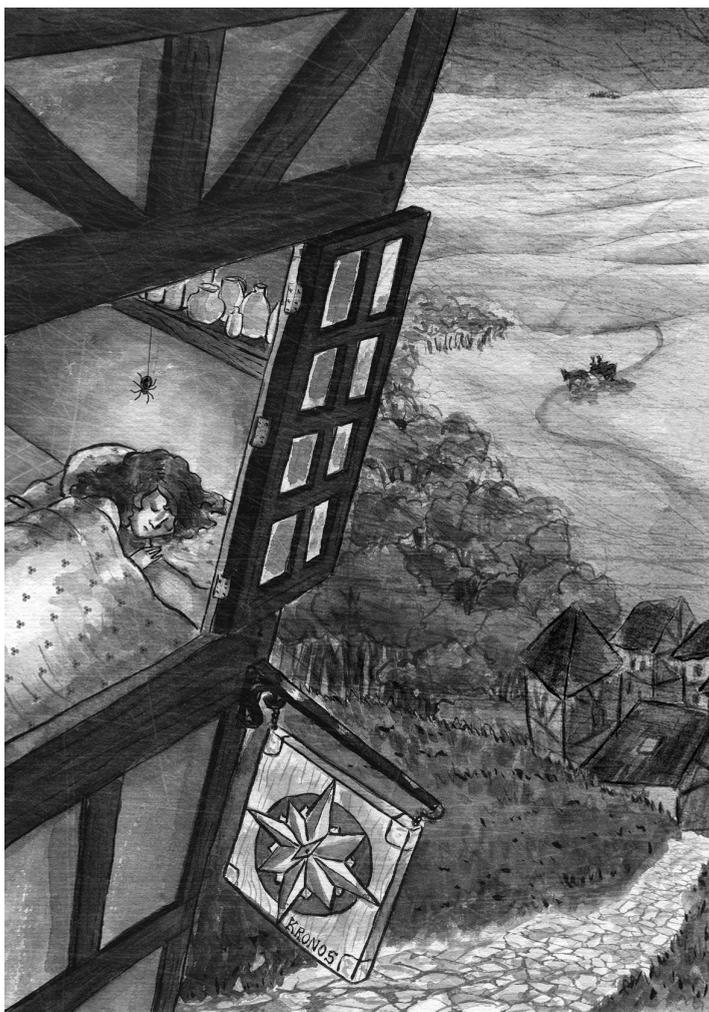
—Desde luego.

—La clase de animal que no pilla las indirectas —dijo Petra. Bostezó y cerró los ojos.

—Bueno... —Astrophil se relajó y descruzó las patas—. De hecho, hay un extraño perezoso, el perezoso manchado angoleño, que es muy inteligente... —Petra ni se inmutó— y generoso... —siguió sin haber reacción en la cama— y que se conmueve ante las necesidades de sus amigos —añadió. Petra se giró y le dio la espalda—. El perezoso manchado angoleño se caracteriza también por su prudencia, especialmente ante la amenaza de despertarse una mañana con la cara cubierta de telarañas metálicas y pegajosas.

—Un final horrible —declaró Petra mientras echaba a un lado la sábana y salía de la cama.

El cloqueo de unas gallinas entraba por la ventana abierta. Algún gallo debía de haber cantado antes, pero no había logrado arrancarla de su profundo sueño. Se echó para atrás el cabello despeinado. A pesar de la insistencia de su prima mayor, Dita, se negaba a hacerse una coleta o a recogerse el pelo de ninguna forma. Los ojos de Petra eran grises o, para ser más precisos, plateados, como si alguien hubiera vertido dicho metal fundido dentro de un brillante círculo negro.



*Aunque el sol de la mañana había calentado ya la habitación,
Petra se acurrucó bajo la fina sábana de lino.*

Eran iguales que los de su padre. De hecho, se parecía mucho a él, lo que le alegraba mucho.

Se dirigió a una repisa que recorría la pared blanca entre una esquina y un saliente rectangular correspondiente al tiro de la chimenea de la cocina, situada justo debajo. La repisa de madera estaba repleta de botes, hojas de papel grueso, algunas plumas de ganso rotas y una cajita con la forma y el color de una castaña de Indias. Era de madera y tenía una tapa con bisagras. Petra cogió la caja y una botella.

Astrophil lanzó un hilo hacia el otro lado de la habitación y con él alcanzó la pared de la repisa. Se balanceó, cogió impulso y voló varios metros hasta posarse en el estante.

Petra descorchó la botella, abrió la cajita y extrajo una cucharilla diminuta que llenó con unas gotas de verde y espeso aceite de col. Astrophil comenzó a absorber la mezcla mientras soltaba ruiditos de placer. Cuando acabó de beber el contenido de la cucharilla, los ojos se le pusieron más oscuros y brillantes.

—Vale —dijo Petra, tapando la botella con el corcho—. Si tú tienes hambre, seguramente otros también.

Astrophil subió con rapidez por su brazo y hundió las patas en el hombro de Petra, atravesando su fino camión de verano.

—¡Ay!

Petra esperaba que Astrophil se disculpara, pero este no lo hizo.

—A propósito —comentó la araña—, anoche no leí ningún libro.

—¡Vaya! —Petra cerró la puerta al salir. Al bajar, dio unos pisotones innecesarios en la escalera, que retumbó. Astrophil se movía en todas las direcciones. Llegaron al segundo piso. Se oía un runrún metálico procedente de la planta baja—. Entonces, ¿por qué sabes tanto de zoología?

—Leía material efímero, croniquillas —respondió la araña, refiriéndose a unos cuadernos que su padre almacenaba en la biblioteca—. Sabes que sólo soy capaz de pasar páginas finas, no esas pesadas cubiertas de cuero de los libros. Si no están abiertos, yo solo no puedo hacerlo.

Petra corrió por el descansillo y se apresuró a saltar de dos en dos el siguiente tramo de escalones. Astrophil se agarró más fuerte. El ruido que venía de la planta baja se oía cada vez con mayor intensidad.

Astrophil dijo:

—Si nadie se acuerda de dejar abiertos los grandes y bonitos libros para una pobre araña insomne, ¿qué puede leer esa araña insomne, salvo croniquillas mal escritas?

—En cualquier caso, ¿por qué leías sobre perezosos y ardillas?

Astrophil hizo una pausa.

—Quería aprender sobre seres parecidos a mí. Pero no había nada sobre arañas en aquellos cuadernos.

Petra se detuvo. Siguió bajando las escaleras, ahora a un ritmo normal.

—Lo siento, Astro —lo sentía de verdad. Sabía que no había ningún libro que hablara de seres como él, ni siquiera las guías de arácnidos que su padre consultó cuando creó a Astrophil—. La próxima vez, me acordaré de dejar abierto algún libro antes de irme a la cama.

Llegó a la planta baja y abrió la puerta del taller de su padre, que también hacía las veces de tienda. Allí se podían comprar las criaturas mecánicas diseñadas por Mikal Kronos.

—Soy un lector muy rápido, ¿verdad? —dijo Astrophil.

—Claro que sí —convino Petra con orgullo.

El taller parecía uno de esos sitios en los que nunca encuentras lo que buscas. Los ruidos que sonaban eran raros y no resultaba sencillo adivinar su origen. A pesar del desorden, todo —al menos, eso repetía su padre una y otra vez— estaba ordenado de forma lógica; una lógica que sólo él podía entender. Petra había aprendido a encontrar lo que necesitaba aunque su padre no estuviera allí, si bien tardaba el doble o el triple que él.

Se oyeron unos chirridos procedentes de una jaula de gran tamaño que se hallaba bajo una mesa en una esquina de la habitación. Los cachorros de hojalata estaban hambrientos y querían salir.

—¿Por qué has tardado tanto? —gritaron algunos.

Al igual que Astrophil, todos los animalitos de hojalata tenían unas pequeñas cuerdas vocales metálicas. Por supuesto, el metal de sus cuerpos amplificaba los sonidos. Y el padre de Petra los había

diseñado de forma que sus cuerpos metálicos amplificaran también el volumen de sus voces. Astrophil era una araña muy tranquila, como suelen serlo las arañas en general. Le gustaba compartir sus opiniones sobre muchas cosas y le gustaba todavía más decírselas en secreto a Petra, escondido entre su pelo y en voz baja, para que nadie supiera por qué esta se reía de vez en cuando sin motivo aparente. Pero los animales de hojalata eran capaces de hablar en voz alta si querían. Un ululante mono lo estaba demostrando en aquel momento.

Algunos de los animales corrían en círculos por el suelo de la jaula o trepaban por las barras. Cuando Petra abrió la jaula, cinco escarabajos del tamaño de un puño, tres perritos con escamas de hojalata en lugar de pelo, un pinzón, un cuervo, dos lagartos que se vendían juntos o por separado, muchos ratones y un mono con los ojos saltones empezaron a correr por la habitación como centellas. En cuanto vieron que cogía un frasco de aceite de col y una fuente grande de la mesa, se lanzaron todos a sus pantorrillas.

—¡Qué modales son esos! —gritó Astrophil, como si él no hubiera hecho lo mismo con su desayuno.

Los animales hundieron sus picos, empaparon sus lenguas y comenzaron a sorber el aceite. Petra empujó al mono para dejar espacio a un escarabajo que estaba embistiendo sus posaderas. Una vez que terminaron su desayuno, se movieron por la habitación con más calma, excepto los tres cachorrillos, que se enzarzaron en una pelea.

Eran los más jóvenes. Su padre los había terminado de ensamblar seis meses antes de salir para Praga. Eran su último experimento. A diferencia de los otros animales, estos estaban diseñados para que pudieran crecer.

Para los animales era muy aburrido pasarse toda la noche metidos en una jaula. Estaban pletóricos de energía. Años atrás, cuando su padre empezó a fabricarlos, les dejaba corretear por la casa a cualquier hora del día o de la noche. ¿Y cuál había sido el resultado? Un completo desastre. Los tarros de encurtidos acabaron en el suelo de la cocina; había vinagre por todas partes. Una ardilla se metió en el armario de la ropa limpia y se construyó un nido con las sábanas. Un pájaro rompió un espejo muy valioso con el pico al tratar de tocar su propio reflejo. Si Dita hubiera estado viviendo con ellos, habría puesto fin rápidamente a ese régimen de libertad. Pero Petra, por aquel entonces de siete años, vivía sola con su padre y se moría de risa con los animales sueltos. Su padre no se daba cuenta de nada. Hasta que un pobre conejo se perdió y apareció atrapado y muerto de hambre en los engranajes de una máquina agrícola. Entonces, su padre decidió encerrarlos a todos en una jaula durante la noche. Podrían jugar por el taller, pero sólo de día y siempre que alguien pudiera vigilarlos.

Astrophil era la excepción a esa regla. Mejor dicho, era la excepción a todas las reglas. Desde su nacimiento se había portado bien. De hecho, la buena educación era una cuestión de orgullo para él.

Aprendió checo rápidamente y al cabo de unos días fue capaz de articular frases completas. Era el único animal que había aprendido a leer. Devoraba con avidez todo tipo de libros, desde poesía a manuales de pastelería turca. Petra se metía con él a menudo y le decía que era un saco de información inútil. Había aprendido muchas cosas que Petra desconocía, pero nunca pudo aprender a dormir. Casi todos los animales, cuando cumplían dos años, empezaban a dormitar algunos minutos por la noche. Un año después eran capaces de dormir toda la noche. En cambio, Astrophil tenía seis años y sólo había aprendido a parpadear de vez en cuando.

Petra arregló la tienda con objeto de dejarla presentable para los clientes. Quitó el polvo a los artefactos de su padre: bocados para caballos y arados, vajillas de plata con delicados grabados, una colección de cajas de música, brújulas, astrolabios y relojes que comenzaron a sonar a las diez en punto. Ya era tarde para abrir la tienda. El marido de Dita, Josef, habría salido horas atrás a trabajar en los campos de coles. Pronto tendría que abrir la puerta de la calle. Esperaba vender algo... y que su amigo Tomik pasara a visitarla.

Lo que no esperaba era oír unos pasos arrastrándose por el suelo. Cuando se volteó, vio a David, el hijo de Dita. Era unos años más joven que Petra.

—¡Stella! —gritó.

Un cuervo metálico voló por la habitación, se posó en los hombros del niño y acarició cuidadosamente su pelo rizado con el pico.

—¡Urraca advenediza! —masculló Astrophil.

—¡Soy una cuerva! —respondió Stella, ofendida.

Era evidente que la cuerva no tenía ninguna intención de ser vendida a un habitante de Okno o a un viajero seducido por el brillo de sus plumas. La cuerva estaba a gusto en la Casa de la Brújula y quería mucho a David, quien en esos momentos le acariciaba la cabeza.

—Madre quería que comprobara si estabas despierta —dijo el niño, imitando la voz de su madre—. Quería saber si estabas haciendo tu única tarea.

—Está claro que sí.

—Sí, pero está claro que no puedes recibir a los clientes en camisón.

Petra empezó a responderle y David se puso a cantar en voz alta, mirando a todas partes excepto a ella:

—«¡Qué chica más cañón en camisón! Pero su pelo es un lío y de ella no me fío».

La cuerva graznó.

—«¡Qué chica...!».

—¡David, basta ya!

—«... más cañón...».

—¡Ya vale!

David se calló al darse cuenta de que no le estaba mirando a él, sino que tenía los ojos fijos en la ventana. Parecía preocupada.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Vio un carro en el que iban dos hombres con trajes harapientos.

—No estoy segura.

Al abrir la puerta, Astrophil trepó por su cabello y se aferró a uno de sus rizos. Parecía un broche con forma de flor de ocho pétalos. Los demás animales corrieron hacia la puerta y David los detuvo. Hizo que volvieran a la jaula.

Los dos hombres se bajaron del carro. Uno de ellos se reía. El otro miró a Petra, luego al cielo y por último se estiró a la luz del sol. Después se dirigieron a la parte trasera del carro y levantaron un pesado bulto de la caja.

Al principio, a Petra no se le ocurrió que ese bulto largo y anguloso pudiera tratarse de su padre. Sólo lo reconoció cuando su cabeza se giró sobre el brazo del hombre gordo y vio su largo pelo canoso, su boca grande y la venda de color óxido que le cruzaba la cara.

Miró a David, que desde la tienda lo observaba todo fijamente, con ojos aterrados.

—Dita —susurró Petra. No podía hablar.

Pero David, sí:

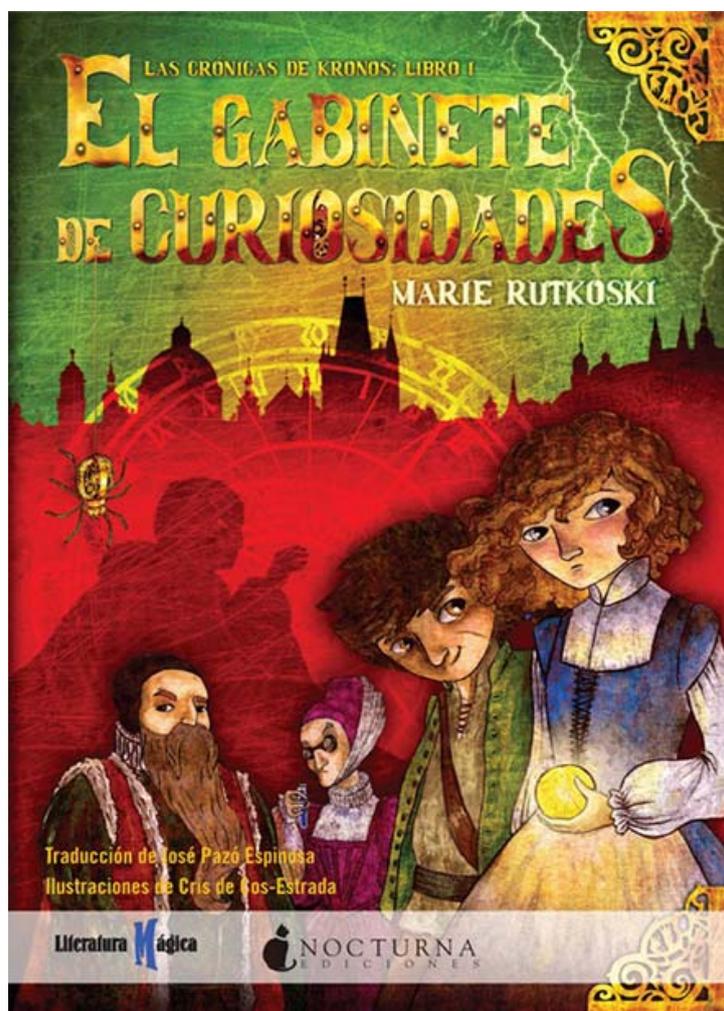
—¡Madre! —se dio la vuelta y corrió hacia la oscuridad de la casa—. ¡Madre!

SIGUE LEYENDO

A la venta: 02-05-2011

EL GABINETE DE CURIOSIDADES

Marie Rutkoski



ISBN: 978-84-938013-6-6. **PVP:** 16,50 €

 **NOCTURNA**
EDICIONES

Distribución: UDL Libros (www.udllibros.com)
Ámbito nacional (España)